



Leer en línea

Bestiario

Félix Suazo · 2010

Texto conservado en el archivo del artista.

Starsky Brines. Bestiario

Por Félix Suazo

“Ya no eres lino, plano humilde, tela”

Rafael Alberti

En su declinación actual, el trabajo de Starsky Brines (Caracas, 1977) concatena de manera paradójica distintos medios como la fotografía, la pintura y el dibujo. En este caso, las imágenes son apropiadas de publicaciones impresas y material promocional de la industria cinematográfica, para luego ser intervenidas, digitalizadas y copiadas. Después de esta metamorfosis inicial, los motivos seleccionados - generalmente rostros y figuras, aunque también escenas interiores y vistas panorámicas- aún pueden sufrir nuevas modificaciones, de tal suerte que el proceso de reproductividad técnica conduce a la obtención de una pieza única, en lugar de múltiples ejemplares.

La cuestión se complica tan pronto el observador se percata de que algunos de los registros “originales” corresponden a estrellas del mundo filmico, aún cuando sus caras han sido borroneadas o literalmente garabateadas. Esta, por cierto, es una práctica similar a la de sabotear los afiches callejeros, colocándole bigotes a las modelos publicitarias, alargándole la nariz a los candidatos electorales o borrándole la sonrisa los ídolos corporativos. Son retratos deformes, con rasgos incongruentes (cachos, hocicos, alas), cuya identidad queda oculta o parcialmente visible en un palimpsesto de líneas y manchas.

Hay en estas obras una presunción narrativa, efecto inducido por el aprovechamiento de las leyendas de las imágenes apropiadas y reforzado con el empleo de anotaciones y grafías esporádicas. De esta manera, los personajes de Brines parecen habitar en un universo aparte, escindidos de su entorno inmediato e inmersos en un acontecer que sólo ellos conocen. Sus historias transcurren en un limbo espacio-temporal, gobernado por pulsiones extremas que fluctúan entre la comicidad y el drama.

No obstante la fuerte restricción del elemento cromático - apenas limitado al negro, el blanco y unos pocos matices -, la lógica del discurso pictórico mantiene su impronta expresiva, subvirtiendo la fidelidad especular de la representación fotográfica. Allí, en ese juego de tachaduras y apariciones absurdas, el instinto prevalece sobre las apariencias. En consecuencia, los atributos y significados de las imágenes subyacentes quedan a merced de las pinceladas y los trazos, mientras el ojo -esa máquina de discriminación sensible- se regodea en el espesor virtual de la superficie, intentando descifrar el sentido de las formas.

Al final, eso de manchar o rayar fotografías ajenas, tiene una doble connotación. Por un lado, puede ser entendido como un ejercicio de demolición simbólica del significante; por el otro, puede asumirse como la manifestación prolongada del gesto configurante. En ambos casos, sin embargo, las consecuencias recaen sobre la imagen, ese reducto seminal donde cohabitan en prolongada tensión la certidumbre y la duda. Frente a esa disyuntiva, los trabajos de Brines desembocan en otra pregunta nunca resuelta: ¿hombres o bestias?

Caracas, septiembre de 2010